

**IMPORTANCIA HISTORICA, SOCIAL Y LITERARIA DE LA OBRA  
POETICA MEXICANA DEL LAUREADO VATE**

**D. AUGUSTO GENIN**

Por el Lic. ATENEDORO MONROY

---

Perdonadme, ante todo, que al tener la honra de ocupar nuevamente esta tribuna gloriosa por más de un título, no me sea dable traerlos sino un modesto ensayo literario destituído en lo absoluto de las sólidas prendas del saber, del rigor y severidad técnicos que, en vuestras arduas y útiles labores teneis derecho de exigir, (mis cortas capacidades, preferencias y hábitos personales me vedan tal cosa), como bien lo ambicionaría; pero que juzgo no será del todo indigno de vuestra atención, siquiera sea, a falta de otros merecimientos, en gracia del valor intrínseco del asunto que, según se verá, no puede ser dudoso para quienes, como vosotros, dentro de la más amplia investigación científica, se interesan vivamente por cuanto atañe al progreso intelectual y cultura de la patria en todas sus manifestaciones. En todo evento séame concedida vuestra benignidad.

El Sr. D. Augusto Genin es conocido en nuestra buena sociedad como caballero honorable, cortés, simpático y merecedor de todo respeto y cariño, es culto y distinguido hombre de letras, de padres franceses y nacido en México, donde, tanto como en Francia, merced a singulares dotes, absorbido por las más laboriosas y fecundas actividades intelectuales, ha dado a la publicación no escaso número de libros y folletos, en prosa y verso que han atraído extensa notoriedad a su nombre, ya muy amado en las dos Repúblicas hermanas que él con doble y tierno

orgullo, considera justamente patrias suyas identificadas en un sólo e indivisible amor de su corazón.

El presente ensayo está destinado a justipreciar el valor de las obras poéticas de asuntos mexicanos de este escritor de buen linaje, ya que su lira tiene otras varias cuerdas, asaz vibrantes y rotundas con que ha cantado a su amada ("Versos para Ella y Poemas de Amor"), a la "Marsellesa" a Víctor Hugo, a Leconte de Lisle, etc. ("Versos para Francia") que le han valido, allá, en la cuna de sus padres, las palmas académicas, y en otros muchos lugares calurosos aplausos y justo renombre de poeta, y ya que, por otra parte, en distinto orden de lucubraciones de su espíritu, ha sacado a luz, originales y traducidas, ora al francés, ora al castellano, obras de seria y substanciosa doctrina científica de indiscutible mérito.

Así, pues, sólo el poeta y el poeta cantor de las cosas de México, es el objeto especial de mi estudio con el que no pretendo más que haceros aspirar, aunque debilísimamente, algo del suave y delicioso perfume de unas cuantas flores de poesía verdaderamente patria, no obstante su nativa expresión en francés, ya por estar, como está, nuestra literatura contemporánea tan impregnada del gusto y espíritu de la francesa, ya por la univversalidad de esta lengua, digna hermana de la nuestra y en la cual me he atrevido a parafrasear algunas rimas del autor, ya, en fin, porque éste, como habrá de verse, por más de un concepto, no puede menos de ser genuinamente mexicano.

Amante de los hermosos y sorprendentes espectáculos de la naturaleza de México, en donde se desarrolló su vocación literaria, y, consagrado con predilección a pacientes y profundas investigaciones en la Arqueología, la Prehistoria, la Historia, las leyendas y tradiciones antiguas de las razas primitivas de América, ha reunido en magníficos cantos descriptivos y épico-líricos, los más interesantes y pintorescos trasuntos del paisaje, el espíritu, la vida, creencias, costumbres y civilizaciones de las edades prístinas de México.

A no dudar, sólo este enunciado bastaría para poner muy de manifiesto la significación trascendental y patriótica que, para la sociedad, en general y especialmente para esta venerable Corporación científica y sus grandes fines, envuelve tan laudable la-

bor, puesto que el vivo fuego de americanismo, diré más bien, mexicanismo que la anima, el generoso ideal en que se inspira y otras muchas cualidades intrínsecas que la esmaltan, aun en la parte predominantemente literaria en que voy a ocuparme, no pueden menos de hacer patente su inestimable valor, pues veremos cómo con sus excelencias artísticas aduna gallardamente un elevado sentido histórico y social digno del mayor encomio.

Puede asegurarse que, después de "Los Aztecas", de D. José Joaquín Pesado, las "Leyendas Mexicanas" de D. José María Roa Bárcena, los "Romances Históricos" de D. José Peón Contreras, las "Leyendas y Tradiciones Mexicanas" de D. Vicente Riva Palacio y D. Juan de Dios Peza y algunas inspiraciones aisladas de tal cual trovero regional memorable, nada en este valioso género de poesía objetivo-subjetiva se había publicado de más comprensivo y sintético, original, típico y bello de la época precortesiana y de la Conquista que los "Poemas Aztecas" aparecidos en el año de 1889, y cuyo texto definitivo, según nota explicativa del autor, se encuentra, en cierto sentido modificado y enmendado en la edición última de 1923 intitulada "Leyendas y Narraciones del Antiguo México."

El cambio de nombre obedece a esta razón: el vocablo *azteca*, además de una insólita interpretación que llegó a dársele en Francia, debido a un curioso escrito de Mr. Morris divulgado en dicho país, no tiene la connotación precisa y exacta que corresponde a los asuntos de estas producciones, supuesto que en ellas, como dice muy bien el compositor, "no se trata sólo de la nación azteca propiamente dicha, sino un poco del conjunto de los pueblos antiguos de México."

Escritos todos estos cantos en la lengua de Racine y Víctor Hugo, han ganado ya bastante notoriedad y prestigio en el mundo de las letras, si bien en México no cuentan aún con la popularización a que tienen tanto derecho, con excepción de uno que otro que corre, por fortuna, en notables traducciones en verso castellano de que somos deudores a dos ilustres y queridos vates nacionales, D. Manuel Puga y Acal y D. Balbino Dávalos.

Positivamente el instrumento o medio de expresión artística con ser tanto, no es todo en la filiación nacional de las obras de

un artista. La lengua de un escritor y su verdadera patria pueden no ser hechos coexistentes.

No por estar, verbigracia, en latín los "Diálogos" de Cervantes de Salazar, el célebre poema "*Rusticatio Mexicana*" del Padre Landívar y algunos "Cármina" del Sr. Obispo Montes de Oca y del Padre D. Federico Escobedo, o, en francés, poesías de Santiago Sierra, libros narrativos y poéticos de Luciano Biart, algunos de D. Salvador Quevedo y Zubieta, o, en inglés los tan aplaudidos de ciencia política patria del ingeniero D. Francisco Bulnes y de los conspicuos licenciados D. Manuel Calero, D. Luis Cabrera y D. Fernando González Roa, algunas estrofas de Ipan-dro Acaico, y los poemas religiosos del Sr. D. Manuel Amor, etc, podrá negarse que tales producciones pertenecen a las letras mexicanas, como no, por haberse publicado primeramente en italiano la "Historia Antigua" del insigne Clavijero, deja de ser esta obra una perla de nuestra literatura histórica.

Son rasgos salientes, características supremas de estas verdaderas creaciones de arte, un sentido profundo y clarividente de la realidad pretérita y un sincero y amplio espíritu de amor por todo lo de México, Estas obras, en efecto, que, consideradas en conjunto son épicas por lo grandioso de los hechos sobre que versan y el colorido y vida de los cuadros exteriores con que nos subyugan, son al mismo tiempo líricas, preponderantemente líricas por los raptos de la imaginación alada y vigorosa, por el ensueño, por el calor de entusiasmo y los transportes del sentimiento personal a la vez que colectivo del rapsoda, y la palabra fúlgida y el ritmo musical que admiramos en cada estrofa y en cada verso, tienen tan acentuado sabor de ambiente y época arcaicos mexicanos que no parece sino que, como atinadamente observa su prolonguista, "un descendiente de esos aztecas enamorados de aventuras y que adoraban al dios Mexitli al pie del gran templo de Tenoxtitlán, hubiese recogido la leyenda antigua con una curiosidad mezclada de ensoñación" y nos la relata-se en el hogar patrio con acentos de filial orgullo e íntima emoción de melancolía y nostalgia. Y no se diga que esto es sólo un dítirambo disertado más o menos imaginativo y romántico, sino la expresión exacta de un sentimiento real muy arraigado en el

poeta, quien ha dicho de sí mismo, dirigiéndose a la vieja Tenochtitlán, en una poesía reciente, "El Valle de México:"

"correr siempre he sentido por mis venas  
tu noble savia, en los remotos tiempos  
seguro estoy de haber sido un Azteca,  
de que brotó de ti mi anterior vida  
y que de Hernán Cortés en la presencia,  
por tus dioses y reyes, con la frente  
alta, morí en tu hora postrimera."

Por otra parte, este amor, esta devoción a todo lo de México patentízase por modo singular en el copioso cuanto reflexivo conocimiento que el Sr. Genin ha adquirido de nuestros pueblos aborígenes, sus razas, lenguas, religiones, costumbres y civilizaciones, desde su más remoto pasado hasta el fin de todas sus vicisitudes, mediante una asidua consagración de alma y vida al estudio de los monumentos, tumbas, pirámides, templos, bajos-relieves, inscripciones, jeroglíficos, códices, anales, crónicas, etc., de todos los tiempos, base fundamental no sólo de sus escritos didácticos sino aun de los de belleza pura, seguramente porque ha sabido ajustarse a la norma del viejo preceptista latino de que el saber es *scribendi recte principium et fons*.

Visible es además el tierno interés, el radical patriotismo con que el autor ama y evoca a las generaciones [muertas más lejanas, hace suyos sus triunfos y apoteosis, sus venturas y desfallecimientos, llora al pie de las ruinas y de los símbolos de las deidades muertas, execra las atrocidades de la conquista, maldice el furor y la codicia de los vencedores tanto como enalza y glorifica el heroísmo de los vencidos, tomando siempre sus relatos de las fuentes más puras, de los cronistas antiguos más autorizados y de lo que actualmente comprueban o discuten los hombres de ciencia, todo en acabada armonía con las exigencias de la verdad demostrable, o, al menos posible y relativa, tratándose de problemas oscuros e inciertos, de hipótesis más o menos verosímiles, más o menos sostenibles, y todo sutil y serenamente contemplado, idealizado, embellecido con las deslumbrantes galas del estilo y la dicción poéticos que han hecho exclamar a

Mr. Clovis Hugues: "habeis escrito un libro sincero porque estais en la edad en que se lleva la fe a brazos tendidos, pero habeis hecho más: habeis en florado con la poesía vuestra sinceridad entusiástica."

Realmente, sinceridad absoluta, entusiasmo, fe, ensueño, poesía de la mejor ley es lo que sobresale y cautiva en estas rapsodias incomparables, pero cuyo lirismo y calor de pasión de un verdadero hijo de México en quien, con más razón que en el cronista antiguo Tezozómoc, pudiera decirse, según la bella frase de D. Carlos González Peña, se siente "que el alma india se estremece y palpita", nunca traspasan los límites del buen gusto y de una intachable y bien documentada información histórica.

Verdad es que a los poetas no debe exigirse una completa y ciega sumisión a la verdad científica; bástales la realización de lo bello; lo que importa, sobre todo, es que nos produzcan la emoción estética; mas en el Sr. Genin es sorprendente que las excelencias artísticas y la parte perteneciente a la imaginación no se desvían un ápice de las enseñanzas de los historiadores y sabios más severos, dado que el fondo, el asunto de los poemas de que se trata arranca siempre, salvo una que otra excepción de que se hablará adelante, de textos auténticos y respetabilísimos que, a modo de epígrafes corroborativos y por demás sugestivos se leen al frente de cada composición y provienen de los más acreditados y ponderosos autores: Tezozómoc, Torquemada, Sahagún, Durán, Mendieta, Las Casas, Veytia, Clavijero, Prescott, Ramírez, Orozco y Berra, Chavero, etc., etc.; por manera que se impone inmediatamente al lector la convicción segura de que en los vuelos en que va a seguir al cantor no se verá arrebatado por el desenfreno e ímpetus de la sola fantasía, de la mera ficción, sino antes bien, y aun tratándose de las incertidumbres de lo fabuloso y tradicional, el lirismo de estas poesías rara vez se aparta de los buenos senderos de la ciencia y contiene la más dichosa mezcla de lo útil y lo dulce que hasta aquí haya podido encontrarse.

Diríase, por todo esto, que en la personalidad que nos ocupa, hay un poeta épico, a la manera de Hesíodo, un poeta arqueólogo, como Propertio, y un poeta lírico nacional, muy nacional nuestro, como Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano.

Veremos cómo además, en cierto modo se muestra poeta pensador y simbolista trascendental de filiación buena y legítima.

Y pasan así, ante nuestros ojos atónitos en estos poemas, después de una conmovedora dedicatoria al padre, que pone lágrimas en nuestros ojos, al padre muerto en el mar y dormido eternamente allá, "bajo las olas, en su fría mortaja de algas verdes, quizá entre las madréporas y bajo las láminas de azul de amplios pliegues inovedizos que agitan vientos y mareas", los orígenes del cosmos y del hombre tal como los concibió la mente infantil de los nahoas, el génesis azteca con todos los prodigios de la dualidad de su Téotl creador muy semejante a la Trinidad cristiana, sus trece cielos, su Omecihuatl, el creador hembra, y su Técpatl que, arrojado sobre la tierra, hizo brotar de sus fragmentos a los primeros hombres; y las cuatro edades o soles cosmogónicos que en el horror de la noche, en medio del misterio, después de que el Principio creador hubo fecundado la Tierra, se extinguieron entre los desastres producidos por el furor de los diversos elementos, y vieron a los hombres zozobrar bajo el peso de inclementes transformaciones, hasta alumbrar al quinto sol o sea la edad presente; y los Gigantes o quinames, las Razas desaparecidas, los amores del Popocatépetl y la Montaña Blanca; los éxodos, las peregrinaciones de los Mexitli, guiados por sus sacerdotes en busca de la Tierra prometida, la fundación de la capital, de la nueva Roma en medio de las aguas; la edificación y estreno del gran Teocalli; los ancianos; las vírgenes indias; las pompas de la consagración y los funerales de los reyes; en seguida el drama conmovedor y sangriento de la conquista, el sitio y derrumbamiento de la gran Tenochtitlán, el heroísmo, el tormento del sublime Cuauhtémoc, y, por fin, después de un himno triunfal a la Libertad, la contemplación de las Ruinas, los Dioses Muertos, la Tristeza del Ídolo, y el lamentoso y filosófico epílogo en que, como al final de una grandiosa sinfonía de Tchaykowsky, el poeta desolado en medio de las sombras exclama: "Vuelvo de la noche de los tiempos muertos y mis ojos fatigados del misterio de las cosas idas, como el buzo que sale del golfo amargo y se sienta un momento en la arena de la playa, después de haber sondeado el acre fondo del mar, en donde, entre los corales se amontonan los naufragios, y levanta a los cielos las pupilas

cansadas para saciarse de azul, levántome también, en pos de la tranquilidad de mi alma, a contemplar la llama de un lejano faro" . . . . Y con acento de emoción, al principio, creyente y, al fin, rebelde, agrega: "He escudriñado largamente el obscuro arcano de la historia antigua de México, sin que nada preciso haya podido alcanzar . . . . He recorrido por algunos instantes el velo de la impenetrable noche, pero ha vuelto a cerrarse . . . . Me falta la estrella del genio o de los Pastores y los Magos, que me muestre el camino . . . . Esa estrella, lo siento, es la fe: allí está todo el poder; creer, creer y orar, hé aquí la fuerza, la confianza y la luz . . . . Empero, al volver pensativo del abismo sin fondo, sueño y medito . . . . ¿A qué remover más, golfo insondable, la ceniza que cada edad amontona en tu orilla? . . . . Por más que se pesa, no se ve en ella sino el orgullo y la nada, y de tus profundidades sólo se trae la duda" . . . . .

Y así es como el moderno aedo de Anáhuac, o como él mismo se denomina con gracioso donaire: el *tlacuilo franco-mexicano*, canta en verdad como una ave peregrina de espléndido paraíso, todo un mundo, el de las edades precortesianas envueltas todavía en la noche del misterio, y nos lleva a contemplar absortos esa inmensa isla soñada por Platón, ya sumergida en el fondo de los mares, interpuesta por el Este entre el Viejo y el Nuevo Continente, y por la cual han debido pasar las corrientes de migración de diversos pueblos ante-históricos que, unidos a los que se desbordaron del Norte de América, procedentes de Asia, llegaron a la *región central de los lagos* y de allí avanzaron al Sur, o directamente invadieron el territorio ístmico zapoteca y la península de los mayas, dando origen a las civilizaciones primitivas.

Encuétrase aquí uno de los casos excepcionales a que he aludido, en que el autor no se ciñe estrictamente a lo que enseñan los etnógrafos y prehistoriógrafos de más monta, sino que con un poco de independencia y en alas de su imaginación creadora, fantasea a su modo su propia hipótesis personal sobre el origen del hombre en América y la existencia de la Atlántida, no sin apoyar su parecer en terreno sólido y con abundante acopio de razones que él mismo expone en uno de sus prefacios con la claridad y sencillez de un Agassiz o un Lyell, y que son del más

vivo interés, ya en general, para el conocimiento científico en relación con tan grave problema, ya, en particular, para sentir y comprender mejor las bellezas de la concepción poética a que se alude. Dice así textualmente el poeta, después de exponer las opiniones opuestas con que los sabios discuten sobre esta cuestión: "No es aventurado creer —y esta es absolutamente mi opinión— que la Atlántida sirvió en otro tiempo de lazo de unión entre el antiguo continente y el nuevo. . . . Pero, sea cual fuere el parecer que se adopte a este respecto, no es posible admitir que México haya estado sometido a una sola corriente de inmigración. Como la América entera; pero por modo más particular y más fácil de localizar a causa de su situación geográfica, lleva el sello de varias civilizaciones. . . . India, China, Japón han ejercido influencia, por el Oeste; por el Este, Europa ha dejado incontestables vestigios, una raza autóctona, los pieles rojas, ha visto las diversas invasiones, se ha alejado de ellas, mantenido aparte como actualmente todavía sus últimos descendientes, apaches, yaquis y mayas huyen del "semblante pálido" del europeo, o más o menos bronceado del mestizo, se substraen a su influjo y lo combaten hasta la muerte. Parece evidente que al lado de los irreducibles pieles rojas debieron vivir aborígenes de costumbres más pacíficas. Las razas emigradas que en diferentes épocas y por varios lados invadieron el Nuevo Mundo, se mezclaron con ellos, se extendieron, se dividieron, por fin, zozobraron en la noche, dejando a su paso esos admirables edificios, palacios, pirámides, tumbas, cuyas ruinas en toda la América, pero sobre todo, en México, atestiguan la existencia de una civilización prehistórica original y llegada a una alta perfección."

Luego, refiriéndose a las opiniones de D. Fernando Ramírez y D. Alfredo Chavero, acerca del origen de los nahoas, de la ubicación de Aztlán y el verdadero sentido de las palabras *Mexi* y *Azteca* y su equivalencia, disiente de los citados autores el poeta, y dice: "Mi opinión es diametralmente opuesta."

Todo lo cual, sobre suministrarnos una prueba más de que la intuición del numen no pocas veces se adelanta a la ciencia más severa y cauta, y adivina hechos que ésta no se aventura a sostener; pero que bien pueden convertirse en verdades positivamente demostrables y que no está en razón reprochar a la

poesía, ni menos tratándose de cuestiones oscuras, discutibles, discutidas y sobre las cuales no hay autoridad de cosa juzgada, no se ha pronunciado el fallo irrevocable, explica a maravilla el pensamiento capital contenido en los poemas "Los Gigantes" y "Las Migraciones", principalmente en estos notables versos:

"Son los tiempos remotos. Es la noche  
 Bajo cielos oscuros, sin estrellas,  
 los pueblos primitivos que han llegado  
 del Norte, sobre el haz de la ancha tierra  
 duermen transidos hasta la médula  
 y reclaman del sueño a que se entregan  
 el dulce olvido de la ruda suerte.....  
 Allí en compacta muchedumbre inmensa  
 los hijos de la Atlántida se miran.  
 Allí están a millares tras la pena  
 de un ardoroso día, al fin, gustando  
 de algún descanso en medio de la senda  
 que ha mucho tiempo cruzan, si bien, pérfido,  
 delante de ellos, huye el fin que anhelan.....  
 De su tierra natal los arrojaron  
 los dioses, y su marcha siguen lenta".....

.....  
 "Las olas, a lo largo de las playas  
 de la isla, cantaban en el lago  
 de Aztlán..... el horizonte  
 bruscamente, de lúgubre y sombrío  
 con un haz de astros rojos se ilumina.  
 La sombra se deshace, un espantoso  
 fuego como el del rayo, por doquiera  
 estalla, el cielo que arde en ígneas luces  
 en las ondas del Lago se retrata".....

Es el dios Méxifli que se revela al sacerdote Tepáctziú, y luego de terribles profecías le ordena partir con sus tribus de las riberas de Aztlán e ir en pos del sitio donde habrán de cimentar su imperio y su grandeza. La poderosa columna de los emigrantes, al cabo de larga y dolorosísima peregrinación al través de los valles, llanos, bosques y desiertos ardientes que se dilatan

en las costas del mar Pacífico, sin más apoyo que su fe y su esperanza, afrontando vicisitudes indecibles, llegan, al fin,

"A Tollán, el país de los Toltecas  
en donde, por veinte años descansaron,  
por orden de su dios, y transformaron  
su antiguo nombre, *Mezi*, en el de Aztecas.

El fin de sus miserias ver pudieron:

un Águila potente

llevando entre sus garras la serpiente,

atravesó el espacio, la siguieron

ávidos en su vuelo descendente

y la vieron posarse en el erguido

fuerte, triste, de espinas erizado

nopal que estaba anclado

en el centro del lago, en escabrosa

peña que había en tintes encendido

el alba de vivaz y pura rosa.

Todos los sacerdotes exclamaron:

—"Nuestros negros destinos se aclararon;

es aquí necesario la carrera

suspender, ya los tiempos se han cumplido.

Este lugar de hoy más será la fuente

de nuestra dicha y porvenir sonriente.

El pueblo arrebatado, sus plegarias

alzó dos días, al trabajo, luego,

en aquellas regiones solitarias

se entregó con afán, con vivo fuego,

De juncos y espadañas

cada quien hizo al dios con diestras manos

un templo, y, en seguida, las cabañas

privadas cuyo plan sabios ancianos

trazaron desbordantes de ufanía . . . . .

. . . . .

Y así nació Tenochtitlán un día" . . . . .

Difícil sería elegir entre todas estas leyendas, una de la cual pudiera asegurarse que se lleva la palma de la supremacía. Todas son encantadoramente poéticas y admirables; todas deben

tenerse por acabados modelos en su género; mas nuestro gusto y predilección nos hacen no apartar los ojos un momento de las dos siguientes: "Amores de Volcanes" y "Las Jóvenes Aztecas."

¡Cuán sutil y bello es el simbolismo de la primera! ¡Qué profunda su idea! ¡Qué poder de creación romántica y espiritual en su fondo, en armonía con la más avanzada concepción científica! ¡Cuánta galanura de estilo y expresión! ¡Cómo nos transporta y extasía cada uno de sus versos!

Penetrando con la mirada de un Tyndall o de un Edgard Quinet en el misterio de las edades geológicas sorprende el poeta la formación del sistema orográfico en la Mesa Central y la expresa de este modo: el amor, fuerza omnipotente del cosmos, hálito vivificante de los seres y alma de todas las cosas, cuando todavía no era conocido más que de los primeros dioses, y todo estaba aún dormido en lo que iba a ser la corteza terrestre, al través de los períodos triásico, jurásico y cretáceo, la naturaleza palpó en la génesis de dos ondulaciones plutónicas de cuyo seno, por maravillosa metamorfosis, se desprendieron dos inmensas moles de granito abrasadas de céntrico fuego que no era sino una pasión voraz en que se consumían a distancia aquellos gigantes que se alzaron hasta la región de las nieves perpetuas. Una era el "Monte que humea" y la otra, "La Mujer Blanca."

"Dos gigantes cuya frente  
en el cielo se perdía  
dos ventisqueros erguidos  
que aun ignoraban las nítidas  
lurtes, con amor callado  
y dulce, con fe tranquila  
se amaron, como las flores  
entre el ramaje escondidas.  
Algunos soles apenas  
ante ellos brillado habían;  
mas en su seno vibraba  
ya intensamente la vida,  
viéndose de lejos, altos,  
soberbios y de la misma  
esencial naturaleza,

al sentir que se tendía  
entre ellos tan gran distancia  
intensamente sufrían . . . . .

. . . . .  
Por fin, para aproximarse,  
de sus flancos, cierto día  
dejaron brotar sonoras  
mansas fuentes cristalinas;  
y de aquí cien arroyuelos  
que rápidos, o en tranquila  
lentitud se deslizaron  
en claras parleras linfas,  
hasta llegar a perderse  
en las hondas barranquillas.  
De pronto, en compactos haces  
fresnos, sabinos, encinas,  
cipreses, álamos, cactus,  
impregnaron las orillas  
de verdor, y aquellos montes  
encendidos en la chispa  
de su amor, cerca sintiéronse  
gracias a la red prendida  
entre sus dos existencias,  
de bosques y de aguas vivas.  
Mas una noche, rugiendo  
rudos y en trémula ira,  
con impenetrable velo  
densa nube los cubría,  
como de un vaso el incienso  
asciende a los dioses, ígnea  
una erupción de su frente  
venerable brota y brilla;  
aquella flama, torciéndose,  
creciendo, hasta la infinita  
linde de los cielos toca  
y, dilatándose vívida  
una claridad sangrienta  
los espacios ilumina,

y, súbito, los volcanes  
locos de amor sin medida  
radiosos, por lados mil,  
en convulsión terrorífica,  
su caparazón enorme  
crujir hicieron. Rojizas,  
en un concierto de largos  
desgarramientos y heridas,  
las dos gigantescas moles  
sintiendo que se entreabría  
su corazón, golfo inmenso  
de inextinguible luz ígnea,  
amantes de espanto henchidos,  
de lejos se remitían  
los ósculos abrasados  
de sus bocas sulfuríferas.....

.....  
Pasaron siglos y siglos,  
las montañas todavía  
se aman, si bien el tiempo  
parece que ya dormida  
tiene la ardorosa llama  
de sus abismos; el día  
bañándolas en el oro  
de su luz y en varias tintas  
pone reflejos de nácar  
en las nieves de sus cimas.  
Mas cuando cae la noche  
y allá se pierden de vista,  
hablándose aún de amor,  
la tierra mueven y agitan  
y en el sombrío silencio  
subir se oyen todavía  
los hálitos espantosos  
con que ellas de amor suspiran,  
exhalados de sus cráteres,  
de sus bocas encendidas.”

Admiramos en las "Jóvenes Aztecas" un cuadro verdaderamente idílico, de pronunciada sencillez y gusto clásicos, lleno de hermosura y gracia, como una ánfora griega, y en el cual resaltan descripciones de risueño colorido que no me es dable resistir a trasladar íntegras a estos pobres ritmos castellanos:

"En torno al brocal fresco vecino de la casa,  
la sonrisa en la boca y a la espalda las manos  
las vírgenes aztecas sobre el verdoso césped  
danzan bajo los sauces.

Sus largas cabelleras brunas flotan al viento,  
el rebocillo al cuello les prende blancas alas,  
y van así saltando, siguiendo una a la otra  
y plácidas jugando.

Bajo la roja veste se ven sus pies desnudos,  
desnudos cual sus brazos y su dulce semblante,  
sus diminutos senos palpitan contenidos  
por un corto corpiño.

Los erguidos agaves y los maces verdes  
forman cuadro a este grupo de actitudes sencillas,  
y pasan por los aires volando los flamencos  
en rojos batallones.

Los pájaros del bosque gorjean jubilosos  
a las brunas danzantes una orquesta, ofreciendo,  
el sol, de sus pupilas en el fondo, destella  
tal como en las lagunas.

El Poniente se impregna de escarlata y de oro,  
las sombras de la tarde pérfidas van cayendo;  
entretanto, en la yerba descansan todavía  
los cántaros vacíos.

Vírgenes de ojos bellos, dejad vuestras canciones,  
vuestros juegos y risas, replegad vuestras alas,  
que cerca, flameando entre las grandes matas  
se ven unas pupilas:

Osados combatientes tremantes de deseos  
vuestras íntimas gracias a espiar han venido;  
temed, temed, ¡oh vírgenes! sus falaces lisonjas,  
y ocultad vuestros pasos.

Se avecina la noche, pensad en el regreso,  
ya brillan en el cielo las lámparas nocturnas  
id a la clara fuente, una en pos de la otra  
a llenar vuestras ánforas.

El cántaro en el hombro y encorvando los miembros,  
las vírgenes se alejan, blancas bajo sus velos;  
y de pronto se miran en sus negros estuches  
radiando las estrellas.

¿Verdad que estas canéforas indianas son dignas de las áureas páginas de la antología helénica? Tengo para mí que esta composición es todo un poema bucólico, un idilio de exquisito primor que nada tiene que envidiar a los más selectos de Teócrito y Pagaza.

El cuadro descriptivo del Valle de Tenochtitlán, la ciudad, sus palacios, sus templos y mercados en todo el esplendor de su actividad y prestigio alcanzando en los últimos días de Moctezuma, es del más vigoroso y cálido colorido, de ambiente lleno de luz, de animación y vida.

Tomemos al acaso algunas de estas preciosidades:

“Entre sierras que erigen sus cimas de colosos  
allá, entreabría el valle sus abismos verdosos  
de selvas y de prados, de follajes y flores;  
entre cuevas boscosas y sombrías quebradas  
las llanuras soberbias prólonganse irisadas  
de los más deslumbrantes matizados colores;  
aquí, agaves que yerguen toda una crestería  
de amarillentas flores; luego, en la lejanía,  
un río que se arrastra cual argéntea serpiente,  
allá, bellos maíces verdes se balancean  
y cardones gigantes en las lomas ondean  
bajo las claridades de un cielo sonriente.

Aquí, extensas cortinas de plantas incontables;  
allá, bosques espesos de ciprés, venerables,  
de canciones de pájaros y murmullos henchidos;  
y más allá los lagos que hace ondular el viento  
y que son como escudos de marfil y de argento  
que se hubieran quedado entre cañas perdidos.

.....  
 Por las escalinatas del templo, lentamente,  
 sacerdotes, magnates y guerreros, al frente  
 del macizo santuario llegan en procesión  
 inmensa, se les mira discurrir serpeando,  
 tal vez alguna fiesta solemne celebrando  
 de las grandes que exaltan siempre la devoción.  
 .....

Lapidarios, joyeros, exquisitos artistas  
 pulen collares fúlgidos de jaspes y amatistas  
 de fino y delicado titilante esplendor,  
 ídolos, filigranas de oro y plata, pendientes  
 de jade y otras muchas fruslerías lucientes  
 de trabajo precioso, nimio y encantador.

Los jueces de mercados sus insignias exhiben,  
 sancionan los contratos o el impuesto reciben  
 dignísimos, en nombre y a favor del tesoro,  
 el valor apreciando de productos diversos:  
 banastas de cacao, los algodones tersos,  
 hachas de cobre y tubos de polvillo de oro.”

Acabadas y deliciosas acuarelas son todos estos cuadros de paisaje y de género, tan ricos de frondosidad, de animación y encanto.

Mas el poema “El Valle de México”, recientemente publicado da el mayor testimonio de esta facultad pictórica de penetrante observación junto con el peculiar y sano realismo, espíritu nacionalista del autor, en más de un pasaje que bien puede llamarse típico y en que se canta el clima, el cielo azul, los claros horizontes, el panorama de la gran urbe actual, y sus contornos, las flores de Coyoacán, las huertas de Santa Anita, el bosque de Chapultepec con su nido de cóndor, los vergeles de San Angel, sus pinos y terrenos salitrosos, el jarabe de Mexicalcingo, el Zenzontle, el Popocatépetl amenazando a la urbe con el pavoroso vaticinio de que está llamada a sufrir la suerte de Pompeya, la Virgen de Guadalupe y Juan Diego, etc., etc.

Cierto es que mucho de esto había sido ya pintado por Cervantes de Salazar; pero no con el primor artístico y la apasionada

vibración con que el trovador contemporáneo nos embelesa, emulando a ese otro gran pintor de las cosas de México, Bernardo de Valbuena y compitiendo con él en exaltación de entusiasmo y riqueza de fantasía.

Verdad es que también mucho de ello nos había llenado de asombro y encanto en el gran poeta nacional de la "Musa Callejera"; mas, después de este caso estupendo, único en nuestra historia literaria, Mr. Genin, sin ser propiamente *folk-lorista*, merece figurar entre nuestros pintores de género de personalidad sobresaliente: es un poeta de quien diría D. Justo Sierra, invirtiendo la brillante fórmula que aplicaba al Duque Job, que hace versos franceses con pensamientos mexicanos.

No será impertinente transcribiros algo de lo más pintoresco de esta producción hermana de las que estoy examinando y que tanto interés encierra para el estudio del tema ya tan competentemente tratado por D. Alfonso Reyes sobre "el paisaje en la poesía mexicana."

"En las noches de luna es adorable  
México, es Burgos y Toledo plenas  
de colores, de tonos y relieves  
que en ninguna otra parte se contemplan:  
morada colonial o miserable  
tugurio, campanarios que se yerguen,  
viejos portales, catedral inmensa,  
la calzada en escombros y la impura  
fachada, todo tiene la apariencia  
de hallarse revestido con encajes  
de plata y de fantástica belleza.

.....  
Cual de ópalos cerco limpio y puro  
que al rededor de una preciada perla  
esparce sus más vivos resplandores  
en el pomposo manto de una reina,  
así, encerrando a México en el Valle  
todo en flor, a intervalos las aldeas  
y las barriadas brillan, suspendido  
Chapultepec a un nido se asemeja

de cóndor, por encima de su parque  
todo lleno de altiva paz austera.

Dolores empapado todo en lágrimas  
de su doliente cementerio cerca,  
y los Remedios arrojando al cielo  
de su torre viejísima la flecha.

Coyoacán con sus lilas, sus acacias" . . . . .

y . . . etc., pues tendríamos que reproducir íntegro el canto, y de esta ocupación, aunque muy grata, menester es prescindir, en obvio de tiempo y atentas otras inserciones inexcusables.

Pasando de las "Leyendas" a las "Narraciones", se advierte desde luego que, a propósito de los patéticos episodios de la Conquista, sepárase el bardo francamente de las apreciaciones benignas con que algunos críticos pretenden decidir la ya vieja cuanto reñida controversia entre los que absuelven benévolo y los que condenan airados y, en su sentir, justicieros, más que la aventura misma y sus resultados últimos, directos o indirectos, en la marcha de la evolución humana en América, los modos y procedimientos con que se llevó a cabo por sus agentes, sobre todo, en México. El poeta Genin que piensa alto y siente hondo, pone su idea y su corazón resueltamente del lado de las víctimas, amante, como es de las sanas doctrinas de la cooperación y solidaridad humanas, detestando toda violencia y toda fuerza innecesarias para hacer que imperen la razón y el derecho.

Y, aunque en poesía huelga toda alegación y todo procedimiento *ad demonstrandum*, el cantor de las "Narraciones" ha tenido especial cuidado de razonar y fundar con argumentos no poco plausibles su punto de vista, contando en su apoyo, con no escasas autoridades imparciales y sin tacha que cita textualmente, ya en sus prefacios, ya en los epígrafos puestos al frente de cada narración.

"No es exacto, —comienza por afirmar,— que los aztecas fueran antropófagos, pues que, (conforme a los más reputados cronistas e historiadores, entre estos últimos, Orozco y Berra, Alfredo Chavero y otros) si llevaban su sentimiento de venganza hasta devorar sin escrúpulo los cadáveres de sus enemigos, lo hacían más bien en cumplimiento de un deber religioso, de un

rito, que a impulsos de un verdadero canibalismo... Fueron los aztecas apasionados de la poesía, y su lenguaje era hermoso, brillante, musical y lleno de placenteras figuras en que siempre las flores, los pájaros, los torrentes, suministraban la base de las más animadas y originales comparaciones . . . . .» Destruído tanto, como fué inútilmente, y que pudo y debió conservarse para recordar siquiera a los aborígenes sus antiguos dioses y su gloria, de los preciosos tesoros de la vieja civilización y su innegable perfección en tantas y tan admirables cosas como realizaron, no puede menos de pensarse que no eran bárbaros . . . . . Ahora bien, magüer las indulgencias, las especiosas lenidades con que algunos sofistas asaz complacientes y lisonjeros, exaltando los beneficios de la religión cristiana, de la supresión del sacrificio humano y la horrible deidad de Huitzilopochtli, y el idioma de Cervantes y las ventajas todas de la cultura occidental de Europa importada en América, cierran los ojos de la estricta justicia y pasan en silencio o bien atenúan la inmensa responsabilidad de los conquistadores por todos sus desmanes, porque, según el verso falaz de Quintana, "crímenes fueron del tiempo no de España", el Señor Genin con enérgico acento, excecra los excesos de crueldad y de barbarie que, como los hierros candentes de las marcas y tantas y tantas otras iniquidades de la epidemia moral del tiempo, de la codicia del oro manchan los heroísmos de la espada; abominaciones que aun prescindiendo de la piedad inmensa y la pasión por los conquistados del gran las Casas, son ya una verdad plenamente comprobada por numerosos historiadores irrecusables, entre ellos Prescott que enseña que "ni aun teniendo en cuenta la ferocidad del siglo y la relajación de todos los principios cristianos, de derecho y de humanidad, fuerza es confesar que hay en esta hazaña horrores indecibles que todo español celoso de la gloria de su país, debiera desear que fuera posible que se borrasen, excesos que no pueden justificar ni el caso de legítima defensa, ni necesidad alguna de ningún género y que verán siempre un borrón en los anales de la Conquista. Lejos de mí la idea de exculpar estas crueldades de los conquistadores de México: que la sangre que derramaron caiga sobre sus cabezas."

Otro grande historiador filósofo, Littré, patrocinando estas

mismas ideas, expone: "Es un espectáculo desconsolador el que nos presentan Haití, el Perú, México, cuando a sus playas arribaron los europeos, crueles portadores de cristianismo y civilización. Me parece que nada excusa ni las crueldades de América ni las abominaciones de la trata africana y la esclavitud restablecida. Son dos grandes crímenes del siglo décimosexto. No es que yo piense que la expansión europea haya debido o podido detenerse en el umbral de estas vastas comarcas. Pero si una sed infernal de oro y de plata no hubiera cegado a los hombres de Estado, si la feroz pasión de las conversiones no hubiera cerrado el corazón de los sacerdotes y monjes, habría sido posible ahorrar muchos sufrimientos a este nuevo mundo y conservar sus preciosas reliquias. No se trataba aquí de la terrible barbarie germánica, siempre agresiva cuando no era atacada, nada tenía Europa que temer ni de los débiles pueblos dispersos en este gran continente, ni menos de los imperios del Perú y de México. Una política justa y humana habría transformado, no destruído estos imperios; pero en el siglo décimosexto no había justicia ni humanidad, ni miramiento en la religión para la conversión de los idólatras, ni castigo en la opinión para estos grandes crímenes."

D. Ignacio Manuel Altamirano, al dar la bienvenida al célebre cuanto injustamente olvidado poema épico "Cuauhtémoc" de D. Eduardo del Valle, después de exponer, con la magistral erudición y elocuencia que le eran propias, las razones incontables con que debe asegurarse que, si en la Conquista de México hubo algún héroe éste fué el vencido y no el vencedor, concluye: "Lo singular es que todas las alabanzas hayan sido por mucho tiempo tributadas a Hernán Cortés, dejando en la oscuridad y el olvido al héroe verdadero de aquella guerra: a Cuauhtémoc. Pero ha llegado ya la hora de la justicia histórica, y la Poesía misma, inspirándose en ella, comienza a iluminar con los esplendores del arte aquella noble figura de la antigua Patria, que nos envidiarían las naciones más orgullosas del mundo moderno."

Y nuestro eminente historiógrafo Lic. D. Genaro García, en su irrefutable monografía sobre el "Carácter de la Conquista Española", resume así su autorizado juicio: "Preciso es que al-

guna vez, siquiera sea en las postrimerías del siglo XIX, rinda debido tributo a la verdad y a la justicia, al mismo tiempo que a la memoria ultrajada de los indígenas de América. . . . He cuidado de referirme las más de las veces a los escritos de los mismos conquistadores: aun con sólo ellos he logrado demostrar que el glorioso don fray Bartolomé de Las Casas se expresó efectivamente en todo con *verdad* y aun se quedó *corto*. Aquellos aventureros, a pesar de su prurito de elogiarse hasta lo increíble y deprimir en cambio de manera desmedida a los indígenas confiesan sin embargo con sorprendente frialdad muchos de sus monstruosos hechos. . . . Nos refieren a la vez, sin darse cuenta de lo que hacen porque su ignorancia y rudeza los cegaban, un gran número de detalles que revelan la esplendorosa civilización que destruyeron y las raras virtudes de sus infortunadas víctimas.”

A lo que agrega otro autor mexicano respetabilísimo, D. Luis González Obregón: “La Conquista de México precipitó un río de sangre, destructor de humanos seres, que arruinó hogares y sementeras. Los supervivientes quedaron condenados a comer el pan amargo y exiguo de la esclavitud y de la miseria, y, perdidas con el tiempo las creencias de sus antepasados y la poca fe que les inculcaron los primeros misioneros, concluyeron por ser de nuevo idólatras.”

Por último, ya un compatriota francés del Sr. Genin había condenado el pensamiento capital contenido en las citas anteriores, en esta estrofa:

“Fué así como las naves españolas  
con fiera heroicidad y audacia suma,  
después de haber triunfado de las olas,  
rasgando secular y negra bruma,  
trajeron entre cruentas aureolas,  
el trono a conquistar de Moctezuma,  
hombres rapaces de inclemente saña  
que en ruinas dieron ese trono a España.”

Nada hay, pues, de extraño en que con tan sólidos e indestructibles fundamentos, y no sólo con las exaltaciones de su noble

lirismo sentimental, en todo un poema novedoso y fúlgido con la misma vibrante y santa indignación de la historia, cante así la poesía de Genin:

“Amo a despecho mío, esos siglos feroces  
de iniquidades tantas y costumbres atroces,  
de odios, de intolerancias y de horribles fiezas  
y a que, por un instante, debido a sus bellezas,  
cierro los ojos: grandes, prodigiosos torneos,  
las peregrinaciones junto a los devaneos  
de las cortes de amores en que van confundidos  
damas, reyes y pajes, monjes desfallecidos  
y esos pueblos cristianos que la vejez alcanza  
bordando encajes góticos con sólo una esperanza:  
alzando catedrales soberbias de granito  
en alas del ensueño volar a lo infinito.

Mas odio íntimamente las cínicas matanzas  
de nefandos verdugos de siniestras venganzas;  
crueles conquistadores que en vuestros mustios senos  
¡oh jóvenes Américas! a vuestros hijos buenos  
que los creían dioses, sin piedad aplastaron;  
a distancia otro mundo no es verdad que buscaron  
cuando sobre las olas volaban sus bajeles,  
más que a impulso del ansia de convertir infieles  
o de su alma infecunda por un sueño de flores,  
con el único móvil, rudos conquistadores,  
de la ambición más sórdida del terrenal tesoro,  
con la sed insaciable de rescatar el oro.  
La clemencia, el derecho, cual palabras vacías  
eran para sus almas terriblemente impías.  
Del bien el noble instinto parecía ir muriendo  
doquier, ahorcar sólo al idólatra horrendo  
ser no podía un crimen; Cortés, como Pizarro  
de la cruz con la egida en esfuerzo bizarro,  
¡oh, religión sublime de amor y de esperanza,  
empaparon los dedos en más de una matanza!  
¡Oh, Cortés, te abomino, te abomino, y protesto

contra la Historia ciega que en engaño funesto  
 a ungirte heroico y grande se atreve, inadvertidos  
 dejando tus horrores que no admiten olvidos!  
 Yo te niego ese timbre; muestra tus altos hechos:  
 aplastar bajo el número los sagrados derechos  
 de un pueblo ya postrado por fatal desventura,  
 y triunfar por astuto, más que por la bravura  
 para ser grande acaso, ¿justo mérito fuera?  
 ¿Viéndote de él a un lado, no el Cid se sorprendiera?

Palidecen tus hechos, porque su luz ficticia,  
 si al presente la Historia cumple con la justicia,  
 no se debió a las veces más que a ya desmentidos  
 relatos. . . . Hoy las turbas de los tristes vencidos  
 el galardón reclaman del valor indomable  
 del azteca, su inmenso, sacro amor inefable  
 a su tierra, a la augusta libertad; por lo tanto,  
 verás tú, que esparciste desolación y espanto  
 con la astucia y la espada cruenta de tu victoria,  
 en página terrible ya extinguida tu gloria."

Y, después de recordar al egregio Vercingetórix que, sacrificado, al fin, por César, es tan digno de ponerse en parangón con Cuauhtémoc, exclama el cantor:

"Ante estos dos vencidos el poeta  
 ve que de vil mortero en hábil treta  
 se hace una gloria y con intimidación  
 de cólera, arrancando la corona  
 al adulado vencedor, la dona  
 ¡a los mártires de la libertad!"

Veamos ahora otra faz de estos mismos sentimientos en los expresados en la narración en que se alude al tormento y muerte de Cuauhtémoc, a que pertenecen estas patéticas estrofas breves y sencillas, como todo lo que brota de una alma sincera al par que de un gran talento, y cuyas palabras nos conmueven con la sublimidad de lo trágico:

“En población distante, de todos olvidado,  
después del incesante martirio que te hirió  
por dolorosos años, morías calumniado  
de traidor con la muerte, cayendo asesinado  
por aquel cuyo brazo tu imperio conquistó.....

Y tu carne los buitres desgarrarán hambrientos  
y por siglos tus huesos, allá, sin sepultura;  
brillarán, y, ¡oh desquite de los contrarios vientos!  
más amarga y más negra suerte y más sufrimientos  
son los de tu asesino, vengando tu tortura.

Para aumentar sus daños y envolver en negroses  
sus altos hechos, ¡cómo se verá confundida,  
en su contra, la envidia con ruindad de impostores!  
Desdeñado de reyes, y, entre mil torcedores,  
morirá triste y solo cansado de la vida.”

Luego, meditando sobre la eterna y fría nivelación final de  
las glorias del mundo, el poeta filosofa amargamente, inspirán-  
dose en el *Eclesiastés*:

“Ya en la paz de las tumbas, hechos materia inerte  
los dos dormís ahora, Rey debelado y fuerte  
Conquistador.... ¿Qué fueron tanto afán y esperanzas?  
¿Qué altura en el osario domináis de la muerte? .....  
¿Qué pesan vuestros polvos de Dios en las balanzas?....

Mas este odio al verdugo, en contraste con los sentimientos  
de humanidad y piedad en favor de las víctimas que a cada pa-  
so se desbordan en estos versos con tan vehemente efusión,  
nada de común tiene con el vulgar y absurdo anti-españolismo  
que a raíz de la independenciam inflamó a nuestro pueblo; y es  
permitido pensar que, llegada la hora de las grandes y definitivas  
vindicaciones, la *ardua sentenza* de la posteridad, lejos de tener  
algún reproche o reserva contra estos arranques de un poeta  
épico-lírico mexicano, no podrá menos de otorgarles todo su  
beneplácito, ya que siempre habrán de llevar la más simpática  
resonancia al alma de todo el que lea o escuche, sin prejuicio  
alguno, y no otra pasión que la de la verdad y la justicia.

No por trivial deja de ser indiscutible la verdad de que la

Conquista de México no ofrece más que un cuadro verdaderamente risueño, magnánimo y luminoso: el de la mansedumbre y santidad de los misioneros evangélicos, en antítesis con la violencia sanguinaria y la rapacidad de los hombres de guerra que no es posible absolver, ni aun pasando por alto el error de atribuirles, en un criterio unilateral y estrechamente utilitario los resultados últimos de la civilización. El crimen nunca dejará de serlo ni es disimulable en vista de una utilidad final, por grande y preciosa que sea, ya porque ésta bien puede haber sido producto de causas ajenas al mal y aun a pesar del mal, ya porque, aun suponiendo que del beneficio hubiere sido causa exclusiva el mismo crimen, ello no será jamás razón para justificarle.

¿Qué proezas más grandes y portentosas que las cantadas por Homero? No habrá, sin embargo, conciencia recta y clara que no se enterezca con las lágrimas de Príamo y no condene los excesos de crueldad cometidos con Héctor, a pesar del triunfo definitivo; aunque lejano, del mundo griego sobre el asiático. Y entre las atrocidades del pagano y bárbaro Aquiles, y las del católico debelador de Anáhuac, cuántos siglos no se encierran de humanidad, de derecho, de civilización y cristianismo. Y "esto, como decía Altamirano, en nada contradice nuestro afecto fraternal a España. Amamos a España, no por Hernán Cortés y su cuadrilla de aventureros audaces y afortunados que conquistaron a México; pero que esclavizaron a su pueblo, sino por el recuerdo de los benefactores, de los misioneros, de los protectores del vencido, de los buenos, en la antigüedad, y en los modernos tiempos, en que se inspiró, sin duda, el tan memorable victor de Morelos en Acapulco: "¡Viva España hermana, no dominadora de América!"

Estimo, por lo tanto, no sólo plenamente justificada la actitud del poeta, sino merecedora de caluroso aplauso. Más todavía: su pasión y vehemencia arrancan de un sentimiento de infinita compasión humana, de solidaridad universal, que, aun dentro de la contemplación retrospectiva de lejanas épocas que no puede menos de anatematizar y castigar al crimen, sean cuales fueren los pretextos y sofismas que invoque y los oropeles con que un juicio parcial y torcido trate de encubrirle, y es puntualmente este generoso sentimiento, en los análisis de Herbert Spencer,

Ribot, Guyan, Ruskin y otros muchos sicólogos y estetas modernos, el rasgo característico por el cual las grandes obras del arte influyen sanamente en las ideas y en las costumbres, purifican, educan y enaltecen a los individuos, como a los pueblos.

En la imposibilidad de detenerme en todas las dramáticas escenas que con tan potente pincel se nos trazan de la captura y muerte del pusilánime Moctezuma Xocoyótzin, del efímero cuanto arrogante papel de Cuitláhuac, del sitio y catástrofe final de la gran Tenochtitlán, y tantas y tantas otras que parecen repujadas en bronce de alto relieve por la mano de un gran artista, bastará a mi propósito hacer mención especial de tres cantos del más subido mérito, el "Árbol de la Noche Triste", "La Visión de Cortés" y "La Libertad."

Cuentan las crónicas que, después de la muerte de Moctezuma, los españoles abandonaron Tenochtitlán, que los aztecas los persiguieron hasta infligirles una tremenda derrota, y que Cortés, disperso ya y deshecho su ejército, se refugió bajo un árbol que todavía se contempla majestuoso y venerable, vió desde allí desfilar los despojos sangrientos de su hueste y no pudo contener el llanto.

Conocidas son, no obstante las sesudas reflexiones que han llevado a prominentes historiadores a tener por conseja vulgar este hecho. D. Alfredo Chavero, v. g., dice . . . . : "tal suceso no pasa de una leyenda popular. . . . Nosotros creemos buena mente que no lloró Cortés. Apenas llegado a Tlacópan, como los méxica siguieron la persecución, y vio alborotados a los tecpanecas, antes de que tomasen éstos las azoteas ordenó a los suyos y los sacó de unos maizales, sosteniendo él siempre a caballo y sin descanso la refriega. Al amanecer marchó con su hueste al cerro y teocalli de Cuauhximálpan, cerro que actualmente pertenece a la Hacienda de León y está delante de Tacuba, y durante el camino y en el cerro por todo el día sostuvo el combate. La verdad es que, peleando sin descanso, Cortés no tuvo en esa ocasión tiempo de llorar."

Empero el poeta acoge la fábula tradicional, a nuestro modo de ver, con predilección plausible, y en un bellissimo pasaje nos pinta al héroe abatido y desesperado, vertiendo lágrimas de despecho. . . . .

"Volverse a ver pudieron en Popotla.  
De pie el jefe, al abrigo del follaje  
de un cedro solitario, vio tenderse  
en tierra, deplorando la catástrofe,  
a sus soldados mustios y vencidos,  
y exasperado en tan supremo instante,  
lloró. El orgullo hizo correr sus lágrimas,  
al peso del destino inexorable,  
y se sintió desfallecer de pronto;  
creyendo que su estrella iba a eclipsarse  
en el cielo y dudando de la suerte  
de sus armas, vio inmenso aquel desastre.

"Cuando cerca de ti Cortés lloraba,  
la cerviz doblegando, árbol gigante,  
cedro de añosa cima, ¿por qué, dime,  
por qué no en ira santa te abrasaste  
y caíste, de México al azote  
así aplastando, y de los patrios lares  
vengando así la dolorosa afrenta?  
¡Oh, los dioses el rayo formidable  
que después, calcinado, te hizo estéril,  
¿por qué no permitieron que rajase  
tu tronco, por entonces coronado  
de musgos, y a tu huésped execrable  
hubiese reducido, al fin, a polvo?.....  
¡Cómo hubiera su muerte ahorrado sangre!"

¿Verdad que los acentos de indignación de esta invectiva rayan en lo sublime y dignos son de competir con los más robustos y elocuentes de la moderna lírica, llámense yambos de Burbier, maldiciones contra Napoleón el Pequeño, de Víctor Hugo, o rayos olímpicos sobre la tiranía de Rosas por José Mármol fulminados?

Al lado de estas viriles cuanto ardientes inspiraciones "La Visión de Cortés" es algo más grandioso todavía, si cabe. Despierta en grado sumo la emoción de lo trágico y nos sobrecoge de horror indecible, sin menoscabo de lo estético. Parece una página arrancada del libro de los Profetas de Israel, del mismo

fuego de Isaías o de un ángel exterminador. Mas la figura retórica aquí empleada no es ni con mucho obra de mera ficción. Los mejores cronistas e historiadores, entre ellos las Casas, convencen de que la fantasía no se ha alejado de la verdad de los hechos que, como las matanzas de Cholula, la muerte de Moctezuma, la de Xicoténcatl, mandado ahorcar por sospechas, etc., etc., están perfectamente esclarecidos, y nada más verosímil que alguna vez hayan atormentado, como roedor gusano, la conciencia del guerrero extraño:

“Xicoténcatl ha muerto; Tlaxcala lo ha olvidado,  
que de Cortés ya sigue el tenebroso plan;  
la cobarde República al español se ha aliado,  
para aplastar tu frente, por fin, Tenochtitlán.

.....  
Bruscamente a lo lejos ve, al través de su tienda  
el profundo horizonte que abre la inmensidad.  
¿Qué es ese sueño horrible, esa visión tremenda?  
¿Qué es eso que en la sombra da triste claridad?  
¿Qué son esos montones de muertos, ya salida  
la entraña..... esos santuarios destruidos sin razón?  
¡Ah! ¿Porqué es esa sangre, esa lucha homicida,  
esos gritos y aullidos de horror y de traición?

¿Qué quieren esos muertos, sin lucha, derrumbados,  
ancianos que del niveo cabello se arrastró,  
y mujeres que llevan los senos destrozados  
y niños cuyas carnes el hierro desgarró?

Moctezuma, el monarca, al español invoca.

—“¡Vete, malvado! Negro fantasma, atrás, atrás.....”

—“¡Salve al del triunfo fiero, de corazón de roca,  
que llegó a mi palacio, como amigo y en paz!”

—“Yo te tendí las manos; de grillos las cubriste,  
hacia ti mi flaqueza con mi sangre pagué.

¿Qué ambicionabas? Oro, joyas, dominios..... ¡Triste  
de mí que darte todo y hacerte rey pensé!

¡No! Querías mi muerte: muero y conmigo muere  
mi raza al mismo tiempo..... ¡Maldición! ¡Maldición!”

Cerca de Moctezuma, Xicoténcatl profiere:

-“¡Bandido castellano, tembló tu corazón  
y ahorcar tú me hiciste!” ... Muchedumbre incontable  
de espectros tenebrosos lenta se ve pasar;  
ante Cortés detiéndose cada uno inexorable  
y en su frente las manos sangrientas va a estampar.

Y él, torvo y jadeante recuerda las matanzas  
de Cholula; contempla la espantosa visión  
de sus crímenes y oye que sus crueles venganzas  
el derecho proscriben y niegan el perdón.

Mas ¡va a triunfar! Excita la rabia desbordante  
de sus guerreros: fuerte, ¿quién le ha de resistir?.....  
¡Horror! ¡De Dios la mano le flagela el semblante,  
y en un río de sangre su gloria se va a hundir!”

.....

Este poema, sin duda, más que narrativo, es lírico, eminentemente lírico, como lo son innumerables pasajes análogos que nos ofrecen todas las literaturas, desde Homero y Esquilo, Virgilio y Lucano, hasta nuestros días, ora como composiciones aisladas e independientes, las más veces, dentro de dicho género, ora como episodios en la epopeya, la tragedia clásica o el drama moderno y en que, como en acabados modelos, sobre todo, en Racine (Athalia) y en Shakespeare (Hamlet, Macbeth, Julio César, Ricardo III, etc.) es probable que haya encontrado las fuentes de su inspiración el Sr. Genin, sin menoscabo de su bien caracterizada originalidad. Se trata simplemente de una figura literaria, de un recurso poético de sorprendentes efectos en la realización de lo bello que ha asumido las más variadas formas, cuantas son posibles en el campo de las alucinaciones de la conciencia y la imaginación perturbadas, en que algunos de nuestros líricos románticos de los buenos tiempos, v. g. Fernando Calderón, en su inolvidable “Sueño del Tirano”, han logrado el más feliz éxito, y en que, como se ve, nuestro vate francés, no ha salido menos victorioso.

Tal vez no esté de más una observación a favor de la estricta imparcialidad histórica, señalando aquí otro caso en que, por verdadera excepción, el poeta no es del todo fiel al rigor de la certidumbre científica. Como demuestran suficientemente D. Al-

fredo Chavero y otros insignes autores, no es sólido el cargo de cobardía y traición que frecuentemente se formula contra la antigua República aristocrática de los Maxiscáztin, que sólo obró con torpeza al unirse al conquistador astuto; porque, siendo una de tantas unidades políticas que en el territorio mexicano estaban muy lejos de constituir un solo Estado, una sola patria, pues antes bien, conglomerados u organizaciones sociales distintas y aun enemigas unas de otras, entre ellas, la de los tlaxcaltecas que vivían henchidos de odio implacable contra el Imperio Azteca, bien podemos estar ciertos de que los coetáneos del intrépido Xicoténcatl no merecen el estigma de traidores ni cobardes.

Cabe, sin embargo, no escatimar la indulgencia a estos sentimientos del poeta cuyo nacionalismo lo identifica enteramente con los vencidos, a esta ardorosa exaltación reñida con la lógica y la justicia; pero dentro de los arrebatos del lirismo, asaz generosa y noble.

Ocurre con esta nota de infamia, no poco divulgada, en verdad, exactamente lo mismo que con el llanto de Cortés y el audaz incendio de sus naves. Ya se ha visto que, en las condiciones en que se supone que lloró aquel hombre de acero, no es esto verosímil; pero que es lícito admitirlo buenamente al amparo de la verdad poética, y, en cuanto al último suceso, consta que a pesar de estar desmentido por la Historia, lo han perpetuado irreflexiva o deliberadamente los poetas, sin que haya para qué tomárselo en cuenta, por ejemplo, Moratín en España, y en México, entre otros, Juan de Dios Peza y José Peón Contreras. Dice Moratín:

“Ya en la llanura inmensa aparecían  
de tanta armada trozos solamente  
medio quemados; popas se veían  
y proas de oro envuelto en llama ardiente;  
pedazos de banderas que se hundían,  
que el agua o fuego nada allí consiente,  
y aniquilan los míseros fragmentos  
ya unidos los opuestos elementos.”

Por su lado Peza, afirma enfáticamente:

“De amistad símbolo cierto,  
el fiero bajel hispano  
trae al suelo mexicano  
tristes despojos de un muerto.  
Al verle entrar en el puerto,  
de las brumas al través,  
grita el vigilante: —“¡El es!”  
y alza un himno de alegría  
el mismo mar en que un día  
quemó sus naves Cortés.”

Y Peón Contreras se complace en presentar a nuestros ojos el portento en su tan conocida como bella *Oda* al héroe hispano, por medio de estas pinceladas maestras:

“Unas naves allí. . . . Sobre los puentes  
la roja llama del incendio humea,  
de las olas hirvientes  
en el cristal obscuro centellea,  
por todos lados pavoroso brilla;  
vuela en pavesas ígneas el velamen,  
del aire maravilla,  
y al crujir el robusto maderamen  
se hunde en las aguas la cortante quilla.”

Ya el mismo bardo yucateco, en uno de sus primeros dramas románticos en que hace aparecer al conquistador ya herido por amargas desilusiones, dialogando con uno de sus camaradas, había puesto en sus labios estos versos:

“¿Donde otro Anáhuac hallar?  
Dímelo tú, si lo sabes,  
y lo vuelvo a conquistar,  
y vuelvo a quemar mis naves  
para escándalo del mar.”

Justo es anotarlo: la fantasía de Mr. Genín no se ha dejado seducir por esta supuesta hazaña, tan atractiva para el arte, a

pesar de su inanidad histórica, pues nada dice en lo absoluto al respecto, refiriéndose sólo, al aludir al desembarco de los españoles en las playas de Chalchiuhcuecan, a la ostentación de cañones, soldados y caballerías desplegada para infundir pavor a los naturales y confirmarles en la supersticiosa creencia de que sus enemigos blancos eran descendientes de los dioses. Propiamente la *narración* de la conquista no comienza en estos poemas sino a partir de la prisión de Moctezuma.

Excusad, señores, esta digresión; pero no la he creído del todo ociosa en atención a la eficacia con que sirve a patentizar, por una parte, cuán raro es que nuestro autor no se ciña a la realidad de los hechos bien documentados y comprobados, y, por otra parte, cómo es forzoso reconocer los fueros con que, a pesar de todo, con buena fe o a sabiendas, bien pueden los talentos poéticos engañarse y engañarnos, y más aún, cuando, como en los casos apuntados, se está en armonía con arraigadas tradiciones seculares.

Es también lírico y de la más elevada y vibrante entonación el epinicio "A la Libertad." Ciertamente tiene los vuelos de un cántico triunfal, un himno desbordante de entusiasmo y patriótico ardimiento, una especie de *carmen saeculare*, en glorificación, no de César Augusto, sino de la sagrada autonomía nacional, bajo la forma de un iluminado vaticinio que encierra sobriamente, en corto número de versos, la solemnidad y el encanto de las grandes visiones proféticas de un venturoso ideal entrevisto en la lejanía del horizonte, como en las epopeyas más célebres en que los hijos de Apolo, Virgilio y Camoens, por ejemplo, se adelantan a leer en el porvenir los destinos de los pueblos. Siéntese el vate contemporáneo de los sucesos que narra, y de entre los escombros y cadáveres aglomerados en lo que fué "Tenochtitlán", álzase su voz grandilocuente y predice el futuro, contemplando conmovido, después de la catástrofe a que sobrevive, con mirada de vidente, la formación de una nueva patria que, al través de mares de sangre y angustiosas luchas de heroísmos y martirios sublimes, llega a realizar la libertad e independencia de sus ensueños.

Íntegro ved aquí ese canto contenido en un soneto alexandrino de exquisito primor que trae a la memoria al impecable

diamantista de "Los Trofeos", si bien deslucido por la deficiencia del traductor:

"A cuantos en tu nombre mueren, oh Libertad,  
en su frontón un sitio debe elevar la Historia,  
¡ya encuentren el cadalso, ya arranquen la victoria,  
a su muerte penetran en la inmortalidad!

Grandioso ejemplo legan a la posteridad  
y vencidos o indómitos, bien merecen la gloria;  
un pueblo digno sabe venerar su memoria,  
y respeto su tumba reclama en toda edad.

Arrojando al mañana su germen más fecundo,  
como héroes o mártires escogidos de un mundo,  
del eternal progreso son los artistas fieles;  
su sangre hará que brote la augusta independencia,  
y cantarán los bardos su impávida existencia  
y para ellos los siglos recogerán laureles."

La parte final del libro, intitulada "Ruinas" a más de "Nox" que ya he mencionado, comprende dos poemas, "Los Dioses Muertos" y "La Tristeza del Ídolo", también de índole predominantemente lírica, de notable simbolismo y originalidad que de ninguna manera es posible dejar inadvertidos. Son sencillamente hermosos y bastarían para asegurar a su artífice fama imperecedera. Ambos son quejas melancólicas, lamentos que conmueven íntimamente el corazón y que, a mí entender, simbolizan los gemidos últimos de las razas aborígenes de México desaparecidas al fragor de la conquista y cuya viva voz se hubiese recogido en estos versos.

Consumada la obra de videncia y depredación de los rescatadores de oro y debelada la capital en 1521, no quedó en el sitio donde antes se erguía la Señora de los Lagos más que un inmenso caos de ruinas desoladas, como los que inmortalizó el poeta, "campos de soledad, mustio collado", bajo las cuales ruinas con el poderío y grandeza del Imperio Azteca derrumbáronse templos, palacios, razas, religiones, todo un mundo y una edad histórica que parecieron sumergidos de improviso en el polvo y las sombras de la eterna noche. El espíritu entristecido del can-

tor, como si realmente fuese un vástago inmediato que sobreviviase de aquellos caballeros águilas que adoraban al dios de la guerra al pie de los teocalis antiguos de que se siente nostálgico, gime la elegía de las deidades muertas en ritmos de oro de que apenas nos será dable bosquejar una pálida y ligerísima idea.

"Templos de Méxítli! ¡Palacios de Texcoco! Cuando la luna pálida alumbra con su luz argentina vuestros escombros, os vienen a visitar dolientes sombras y se escuchan voces que prolonga el eco evocando, diciendo tus horas negras, tu esplendor y caída, antiguo México!"

Suspira así esta querella de añoranza de una alma poética; mas de pronto se restituye todo a la vida, ante sus ojos, se restaura todo en el templo derruido: Meztli, el astro pálido de la noche, Tláloc, el dios de las aguas, Opochtli, Micóatl, despiertan sobresaltados, y tornan los esplendores extinguidos, y pórticos, techumbres, escalinatas, bajo-relieves, estatuas, altares rotos, arcadas, palacios, todo se anima al soplo de un espíritu creador que pasa por donde quiera, alentando y vivificando cuanto yacía ya convertido en fúnebres despojos; mas ¡ay! que esta súbita y misteriosa resurrección es transitoria y fugaz: he aquí que ahora todo vacila y vuelve a desplomarse, va a rodar en el polvo de las tumbas y a perderse en el silencio y la obscuridad de la noche . . . . .

Y la melodía elegíaca languidece y se extingue, al despuntar el alba, como un lejano y tristísimo murmullo:

"A los primeros rayos de la aurora  
la inmensa muchedumbre de los dioses  
y de los rayos muertos  
torna a hundirse en el seno de la noche  
y sobre el negro templo que crujiendo  
y lento se derrumba, tenues voces  
melancólicas gimen . . . . . Es tan sólo  
el viento que al pasar aún da rumores."

Aunque se siente más que se explica fácil es alcanzar la significación de este profundo salmo que parece el elocuente misereere del pasado sollozando entre las ruinas.

Con no menos gallardía y elegancia, al par que con idéntica ensoñación melancólica de un lamentar indio, como el de Hiawetha, "La Tristeza del Ídolo" que, como el poema anterior nos cautiva, aunque de diverso género por su forma interna objetiva y la amarga trascendencia filosófica de su pensamiento, es también dolorido y elegíaco, pues con íntima emoción de melancolía intensa, se rememoran haciendo hablar al coloso soberbio y enigmático, al Ídolo de pórvido de Zama, sacerdote, legislador y taumaturgo, transformado en dios y a quien contesta la anti-gua selva, el pasado glorioso de una de las civilizaciones más sabias, ricas y brillantes del México antiguo, la representada por las célebres pirámides de Itzamal en la Península yucateca.

Para no ser demasiado prolijo ni abusar más de vusstra benevolencia, bástame un breve comentario sobre el asunto e idea capital de esta creación ya que nada hay en ella que no sea de lo más atrayente, sobre todo, el elevado y singular simbolismo que encierran principalmente las profundas reflexiones de la selva, al imponer silencio a Zama, diciéndole con intensa amargura negativa que es inútil sondear "un problema sin fondo, el *naufragio de los mundos que ostenta la humanidad*", y coronando sus lucubraciones de filosofía pesimista con esta desoladora afirmación atea, que parece inspirada en Shelley:

"No eres ya nada, Zama, los mitos y los hombres  
en el crisol confunden de la muerte sus nombres  
y átomos de impotencia como de vanidad;  
de todo, centro y círculo, desde el primer instante,  
en su fuerza y sus leyes eternal y radiante  
la Natura el dios único será de la verdad."

Por donde no creo andar descaminado al distinguir en el autor de las "Ruinas" que tan someramente en el solo punto de vista de mi impresión personal he analizado, otro rasgo saliente de la peculiar fisonomía de su estro: sabe también ser un poeta filósofo de la estirpe latina que cuenta en su alto linaje a Lucrecio y a Sully Prudhomme.

Analizando algunos críticos conspicuos, como Henríquez Ureña, Luis G. Urbina, Alfonso Reyes, González Peña y otros,

los elementos constitutivos del mexicanismo de D. Juan Ruiz de Alarcón, a pesar de las inequívocas razones que han llegado a colocarle al lado de los grandes genios del teatro español y a tenerle en éste como creador de un género nuevo en su época, la comedia terenciana, señalan entre otros, estos rasgos distintivos: fuera de los asuntos, todos españoles, nada de común tiene con los demás dramaturgos hispanos del áureo siglo en que vivió; la vivacidad de su estro y fantasía aparece velada por cierto tinte crepuscular de tristeza, muy propio nuestro en todos los tiempos, étnico, podría decirse; la discreción inconfundible, la modestia, limpidez y pureza de su musa al mismo tiempo que su ensoñación espiritual muy *sui generis* y exquisita y delicada elegancia.

Pues bien, por lo que hasta aquí se ha visto, no cabe duda que en nuestro lírico Genin concurren estas mismas notas dominantes. Tiene más de la fisonomía, del aire indio nativo, del carácter criollo y del mestizo de la Nueva España que del genio francés, e independientemente de sus asuntos, de su espíritu y ambiente, a todas luces mexicanos, bajo la vestidura espléndida de las imágenes su poesía es eminentemente sentimental, soñadora por modo originalísimo y arrebatada y vehemente unas veces, melancólica y tierna otras, siempre impregnada de ensueño e idealidad peculiares de natural recato, sencilla, pura y nítida al par que graciosa, noble y elegante.

"Mucho ha dejado en nosotros el alma española (dice Urbina) pero por debajo de esta herencia palpita con energía avasalladora el sedimento indígena. A la alegría sanchuna, al delirio quijotesco se juntan dentro de nuestros corazones la tristeza del indio, la fuerza selvática del antepasado, la ancestral desconfianza del sometido, la descoyuntada dulzura del aborigen. Y si somos mexicanos para vivir, lo somos para hablar y para soñar y para cantar."

Y, lo repito, fuera de la forma más exterior, el lenguaje, estos son los elementos, los materiales con que Genin ha edificado su obra de arte,"perfumando (vuelvo a citar a Urbina) perfumando regocijos y penas con un grano de *copal* del sahumero tolteca."

Bien puede asegurarse que el lenguaje y estilo de estas pro-

ducciones, siempre de noble elevación y elegancia, se distinguen, sobre todo, por su claridad y limpidez cristalinas. Nada de estiramientos académicos, nada tampoco de decadentismos, ni ultraísmos a la usanza de tantos que presumen de imitar a Verlaine o a Rubén Darío, llamando *pobre* a la melodía de Lamartine, y no hacen más que remedos del peor gusto, no de las obras verdaderamente geniales e indiscutibles del modelo, sino de sus caprichos y extravíos, en engendros de lo más desabrido e incomprensible que pueda darse. No, para nuestro poeta franco-mexicano como para Philarete Chasles, el ideal supremo de la dicción estriba en hablar claro y puro, pues "las únicas faltas verdaderas son las locuciones penosas, equívocas, que establecen confusión, embarazo en el sentido, o que destruyen los matices y acepciones delicadas que constituyen el genio de la lengua y la fuente principal de sus riquezas."

La versificación, en cuanto a sonoridad, pompa, abundancia y selección de rimas, nada deja que desear: espiritual, alada, luminosa y ágil siempre, es grata a los oídos y al corazón. Las combinaciones métricas son de lo más oportuno y variado en consonancia con los sentimientos e ideas del contenido, con el carácter y naturaleza de los asuntos. El alejandrino, que es el verso heroico por excelencia de la poesía francesa, el verso de sus grandes poemas y tragedias, es el predilecto y aparece manejado con facilidad y fluidez, corrección y absoluto dominio de los recursos prosódicos, invariablemente armonioso y rítmico, vigoroso y rotundo. Este señorío del arte se manifiesta por modo asaz notable en "Cuitláhuac", poema dantesco, tanto por su fondo terriblemente patético, como por su forma, combinación feliz, elegante y no común en la poesía francesa, de dodecasílabos distribuidos en estancias de tres versos rimados a la manera de la *terza rima*, o terceto italiano. En general, el señor Genin cincela y pule sus versos con gran maestría; pulcridad y brillo sobresalientes, con sencilla y natural espontaneidad a la vez que con un refinamiento y un parnasismo de intususcepción *sui generis*, exento de todo artificio frívolo y meramente exterior.

Considerados una vez más en conjunto estos poemas, es necesario insistir entre lo mucho muy meritorio que he analizado, sobre su valor didascálico digno de particular atención y que tal

vez justificara el clasificarlos dentro del género de la poesía didáctica, si no sobresalieran en ellos los elementos artísticos, Seguramente el poeta es sólo contemplador y creador de la belleza: mas si ésta se toma de los grandiosos y pintorescos espectáculos del universo o de los no menos magníficos y palpitantes del drama histórico, cabe aprovechar las verdades de la Naturaleza o de la Historia, que, sin duda, a la vez que llenan de luz el entendimiento, son fuente inexhausta de emoción estética, y, de este modo, hermanar el arte con las más abstrusas disciplinas científicas. Aparece entonces el poema didáctico propiamente dicho, siempre que su finalidad doctrinal o utilitaria prevalezca sobre lo poético o reducido a medio de realización; mas si de mero medio o forma se eleva a fin principal, y, si, por otra parte, sin dejar de atender a la verdad, la expresa, la comunica, la hace comprender y amar a los espíritus, constituye, en los cuadros de clasificación de los viejos preceptistas, una curiosa singularidad preciadísimas ya de la épica, ya de la lírica, ya de ambas dichosamente armonizadas; pero en que es ineludible aquilatar esta cualidad a que me refiero, esto es, lo que de intelectual y utilitario encierra. La "Oda a las Matemáticas," el poema "El Agua" y otros cantos filosóficos bellísimos e inolvidables de Porfirio Parrá comprueban esta tesis. No de otra suerte el señor Genin, sin dejar de ser original, y sin que pueda presumirse ni por asomo de establecer entre sus obras y las de nuestro gran positivista filiación poética alguna, salvo el numen, ha sabido allegar datos riquísimos de la Arqueología prehistórica y la Historia Antigua de México, haciendo de ellos la más preciada materia prima de su construcción poemática, y proporcionar así conocimientos útiles en grado sumo, juntamente con el placer de lo bello, dando a este último fin toda la preponderancia. Por donde, aunque a mi juicio, es más artista que sabio, me es muy debido y grato no dejar de aplaudir lo que hay en su musa de trascendental y docente.

Y bien, señores, decidme, las concepciones poéticas analizadas, por el evidente interés de sus asuntos y sus inapreciables primores estéticos, aparte de que realizan a maravilla su finalidad principal, esto es, la belleza, todos estos versos, ahora de leve privativo de unos cuantos, puesto que las pocas antologías

e historias de nuestras letras, no incluyen naturalmente, entre las obras mexicanas modernas, más que las producidas en español, si bien dan cabida entre las antiguas a no pocas en latín, v. g. a ciertas de nuestros célebres humoristas, los Padres Diego José Abad, Francisco Javier Alegre, Agustín de Castro, Rafael Landívar etc., si son dados a conocer difundiéndolos profusamente, fuera de la importancia que entrañan para los doctos y los círculos literarios y científicos, ya por los hechos y verdades que comprenden y las enseñanzas provechosas que siembran, ya por ser índice indudable de fuerte y luminosa intelectualidad que honra el estudio y las letras ¿no estarán llamados a ejercer la más benéfica influencia en la juventud y las masas populares que leen y se han emancipado ya del analfabetismo? Al menos parece de rigor sentir que fuese omitido en el campo de nuestra literatura un poeta mexicano de nacimiento de los quilates del compositor de los "Poemas Aztecas", netamente mexicanos en cuanto a su fondo por más de un concepto, sólo por estar escritos en francés. Ciertamente, los autores que nos han legado obras de monta en latín pertenecieron a una época en que la lengua del Lacio predominaba en los colegios y universidades y daba el tono de la superior cultura de nuestros sabios y literatos de los siglos coloniales, todos eran hombres insígnis devotos de las humanidades clásicas, latinistas de fuste y representativos de la fusión de razas, en la criolla que iba a crear la nueva patria, por más que los asuntos de sus escritos fuesen casi siempre ajenos al medio nacional, al ambiente y espíritu mexicanos, del mismo modo, ya lo indiqué antes, si no por el número, sí por la calidad, y, sobre todo por los asuntos, por su color y sabor locales mexicanos, justo es no pasar en silencio a los escritores, que aunque en lengua como la francesa tan arraigada en la cultura moderna y de ningún modo extraña en México, sienten y piensan con corazón y espíritu mexicanos, como el señor Genin que además cultiva como se ha visto un valioso género de poesía científica nada común entre nosotros.

Sean cuales fueren las filiaciones innegables de muchas cosas nuestras con las de la madre España, no cabe duda que podemos considerar muchas de ellas, en más de un sentido, nacionalizadas, mexicanizadas y con sello de personalidad propia e

independiente más o menos desarrollada o siquiera en vías de crecimiento. Y es por demás extraño que, respecto de ellas, aunque no del todo ignoradas de su valimiento y porvenir, de cuando en cuando los extranjeros sean quienes nos den la sorpresa de descubrirlas y ponerlas a nuestro alcance. Por ejemplo, la Historia del Derecho Patrio no tenía hasta hace pocos años más punto de partida que los tiempos coloniales, y, por consiguiente los monumentos de la Legislación española desde el Fuero Juzgo. Corresponde a un sabio alemán el Dr. Kœhler, de Berlín, el honor de haber venido a abrirnos los ojos sobre otra evolución histórico-jurídica nada despreciable en México, anterior a la conquista; y desde la aparición del curioso libro del citado autor traducido al castellano por el Lic. D. Carlos Rovalo y Fernández "El Derecho de los Aztecas" ha sido ineludible ensanchar el horizonte de la investigación científica de nuestro Derecho a las épocas precortesianas de que es imposible prescindir, so pena de descuidar un eslabón precioso en el encadenamiento de la continuidad histórica.

¿No sería igualmente posible y no menos lamentable que antes que nuestros historiadores y críticos, viniese un extraño a darnos a conocer en el desenvolvimiento de nuestras letras, obras y autores de valía que, aun cuando no hayan escrito en español, por incontables motivos no puedan menos de pertenecer a la literatura vernácula con títulos idénticos, si no mejores, que los de los humanistas de la Colonia?

Decía Julio Lemaitre:

"La suerte de los hombres es así:  
muchos llamados, pocos escogidos,  
La suerte de los libros héla aquí:  
mascullados los más, pocos leídos."

Pues bien, si se extiende, por cuantos medios sean dables, el conocimiento de los autores a que me refiero, si se les hace cumplida justicia, si se procura que sus obras sean, no masculladas sino leídas y comprendidas, acaso se contribuya en buena parte a la compenetración, al necesario contacto íntimo entre la cultura superior y la vida y el alma de nuestro pueblo, entre su

evolución social y política y la literaria y científica, ahora más que nunca tan divorciadas y que engendran uno de los más graves problemas de nuestros educadores, como atinadamente observa el distinguido escritor Lic. D. Alfonso Teja Zabre.

Enemigo del darwinismo social y de la guerra a que con tan noble tesón hace siempre la guerra, como se ve, sobre todo, en el selectísimo libro "Versos para Francia" en que me será placentero ocuparme ante vosotros en otra ocasión, el Sr. Genin es agente superior de progreso y de ideal, tiene en el porvenir humano inmensa fe que espärce en torno suyo con la simpatía más vivaz y comunicativa y ama ardientemente todas esas bellas cosas del espíritu, la libertad, la fraternidad, la justicia, el bien, el amor, grandes y eternos anhelos a que cada día se aferra más y más el espíritu latino, y sin cuyo amparo, no hay que dudarlo, serán vano ensueño las aspiraciones de redención social de los humildes, de dicha y perfeccionamiento de las colectividades contemporáneas.

Desempeña así cumplidamente, a mi ver, el autor de las "Leyendas y Narraciones", por una parte, la gran función educativa, intelectual, moral y social a que antes he aludido y que en nuestros tiempos, más que en ninguno otro, corresponde al arte, a la poesía en general, encumbrándose a la trascendencia universal, al diletantismo cósmico que Paul Bourget y Lafcadio Hearn reputan notas distintivas de los hombres de ciencia y los artistas modernos; y, por otra parte, con peculiaridad, es, como pocos de nuestros hombres representativos, de un gusto, un carácter, un espíritu genuinamente nacional, identificado, como está de todo corazón con nuestros recuerdos, ensueños, tradiciones y orígenes históricos de que ha recogido copioso e instructivo caudal que no sólo nos proporciona en lecciones serias por demás fecundas, sino que, al mismo tiempo, por virtud de la magia fascinadora del arte, hace que resuenen íntimamente en nuestras almas.

Vayan, pues, al ilustre tlacuilo franco-mexicano nuestros cordiales beneplácitos, y reiterémosle más y más con toda efusión las justas alabanzas con que fué saludado con motivo del último texto de sus poemas *aztecas*, por leales y selectos admiradores suyos, como su prologuista, Clovis Hughes:

“Habeis merecido bien de la ciencia y de las letras, de la historia y de la poesía amorosamente conjugadas en vuestras estrofas. Habeis hecho obra de paz, de amor, y de concordia entre los hombres, arrojando a manos llenas simientes de ideales purísimos, y ésta es la obra social por excelencia que os afianzará las bendiciones de gratitud, admiración y cariño de la posteridad.”

“Os apasionasteis por la vieja leyenda *que es el alma de la raza, que es la raza misma*, os enseñoreasteis de sus encantos y su filosofía y mostrándola en sus dos formas esenciales, la religiosa y la guerrera, no sólo habeis servido a la poesía y la ciencia, habeis servido también a la humanidad.”

“Entre todas las lenguas extranjeras, México habla más gustosamente la lengua francesa. Entre todas las leyendas habeis preferido la de México. He aqui un noble intercambio de fraternidad artística e internacional.”

“Continuad vuestra obra. Os aplaudirán todos cuantos propugnen por la inmensa solidaridad humana.”

México, 18 de enero de 1929.

